

D-67.-

LOS DELINCUENTES

por Francisco-Manuel Nácher

- Me dan pavor los delincuentes. Habría que eliminarlos a todos.
- ¿Por qué?
- ¿Por qué?. ¿Qué otra cosa se puede hacer?
- Primero, tratar de comprenderlos; y luego, ayudarles enseñándoles y formándolos para convertirlos en miembros útiles de la sociedad.
- ¿Tú crees que ese es el sistema?
- Sin duda. Tú y yo y todos los que nos sentimos molestos o amenazados, ya hemos sido alguna vez delincuentes.
- ¿Qué me dices?. ¿Nosotros delincuentes?
- Sí. Con toda seguridad.
- ¿Y cómo lo sabes?
- Porque he meditado sobre ello. Y tú, al parecer, no.
- Eso es muy fácil de decir, pero no demuestra nada.
- No, claro. Pero, si me prometes ser honesto en tus manifestaciones, verás como eres tú mismo el que te demuestras lo que he dicho.
- ¿Yo? Hombre, tiene gracia.
- Sí, tiene gracia, pero verás como lo haces.
- Vamos a ver.
- Empezamos, pues. ¿Tú crees que todos crecemos de modo inevitable?
- Sí.
- ¿Todos?
- Todos.
- ¿Y por qué crees que eso es así?
- Supongo que porque es una ley natural. Nadie puede evitar crecer cuando es niño, ni madurar, ni envejecer...
- ¿Y tú crees que eso se limita al aspecto físico?
- No. Por poco que se piense, se comprende que so ocurre en todos los aspectos.
- ¿Por ejemplo?
- Bueno, en lo cultural, a todos nos gusta aprender lo que no sabemos. Aunque no nos demos cuenta, a lo largo del día, no hacemos sino

recibir información y asimilarla, o sea, aprender lo que no sabíamos. Es inevitable.

- ¿Y en los otros aspectos?

- Económicamente, ocurre lo mismo: Todos aspiramos a tener más y nos esforzamos por conseguirlo. Y, socialmente, ídem de ídem: A todo el mundo le gusta subir y a nadie le apetece bajar. O sea, que esa tendencia es algo natural y, si me apuras, es lo que hace que evolucionemos. Sin ella, la evolución sería imposible. Es como una permanente capacidad de insatisfacción que acompaña al hombre en todo momento.

- De acuerdo. Y, ¿también a todos les molesta dar un paso atrás?

- Por supuesto. ¿A quién le gusta arruinarse después de haberse enriquecido, o ser destituido de un cargo, o ser degradado o, incluso, ser jubilado, cuando se considera la jubilación como la pérdida de algo que se había alcanzado merecidamente y se apreciaba?

- O sea que, según tú, es algo general también, ¿no?

- Absolutamente. Supongo que es la misma ley natural que nos hace no dejar nunca de aspirar, la que nos hace sentirnos desgraciados si perdemos lo adquirido.

- De acuerdo. Vamos a ver ahora otro aspecto importante del asunto.

- ¿Cuál?

- ¿Con quién piensas tú que, en general, se encuentra uno más a gusto y de quiénes busca la compañía?

- De los que son como él, por supuesto.

- ¿Estás seguro?

- Completamente. A poco que mires alrededor o que te examines o examines a los demás, siempre verás que uno busca y se encuentra a gusto con los que comparten su status, su cultura o su afición o, incluso, su vicio. Es con quienes tiene una vivencias comunes que comentar, sin esperar envidias, incomprensiones ni desprecios.

- ¿Y piensas que eso es general?

- Totalmente. Yo, que soy filatélico, cuando de aficiones se trata, con quienes más a gusto estoy es con los filatélicos. Y, como soy comerciante, en este aspecto, me siento cómodo entre comerciantes. Y, como tengo mi status social, me relaciono más fluidamente con mis iguales.

- ¿Y qué ocurre con los que saben o tienen o son más que tú?

- Hombre, que no me siento "suelto", es decir, cómodo entre ellos o, por lo menos, no tan cómodo como con mis iguales.

- ¿Y por qué crees tú que ocurre esto?

- Porque tengo menos cosas en común con ellos que con mis iguales, está claro.

- Y si, en tu permanente intento, de que antes has hablado, de mejorar, alcanzas la posición económica, social o cultural de cualquiera de esos que estaban por encima de ti, ¿qué ocurrirá?

- ¿Qué ocurrirá en qué sentido?.

- ¿Cómo te sentirás entre los que ostentan ese status que es nuevo para ti?

- Al principio, quizás, algo "despistado", como te he dicho. Pero luego, lógicamente, muy cómodo, como lo estaba antes con mis afines.

- Y, con los que se han quedado donde tú estabas, ¿cómo te encontrarás?

- Hombre, bien.

- ¿Cómo antes?

- No. He de reconocer que no.

- ¿Por qué?

- Por un lado, porque siempre habrá entre ellos quienes me envidiarán y eso distorsionará la relación anterior; y, por otro, porque yo tendré temas o aspiraciones o conocimientos que no podré compartir con ellos y sí con mis nuevos "iguales" y, por tanto, la relación con aquéllos y mi comodidad en su compañía irán disminuyendo.

- ¿Y cual será tu sentimiento hacia ellos?

- ¿Mi sentimiento? Pues no sé... quizás me consideraré un poco mejor o un poco más que ellos, puesto que he alcanzado algo que ellos no tienen.

- ¿Podrías concretar ese sentimiento?

- Lo intentaré. Vamos a ver... no se tratará de que los desprecie sino que, como sus motivaciones ya no serán las mías, y, por tanto, estaré yo algo más avanzado en algún aspecto, en ese aspecto, yo no podré evitar cierta sensación de minusvaloración hacia ellos.

- ¿Y piensas que eso que me dices les ocurre a todos?

- Estoy seguro.

- O sea que, según tú, es una ley natural, ¿no?

- Sí. Con toda seguridad. Porque nadie puede sustraerse a esos sentimientos, que le nacen a uno siempre de modo espontáneo. Otra cosa será que, como consecuencia de la influencia de la religión, la filosofía o cualquier otro factor espiritual, uno supere esa tendencia. Pero lo instintivo, lo natural es lo que te he dicho. Con esto veo que me estás conduciendo a tu tesis

- ¿Es mi tesis o es la tuya?
- Bueno, ahora resulta que también es la mía. Y he de reconocer que está clarísima y que lo único que me ha ocurrido, como tu has dicho, es que no había meditado en serio sobre el tema.
- ¿Podrías ilustrar esa postura, ya tuya, con algún ejemplo?
- Desde luego. Para ello partiré de cierto nivel económico, para hacerlo más fácil, pero servirá para cualquier aspecto, ¿te parece?
- Me parece. ¿Podrías empezar con unos cuantos carteristas, por ejemplo?
- Claro. Imagina un grupo de carteristas. Todos tienen aproximadamente la misma formación, la misma moralidad, la misma falta de escrúpulos, las mismas motivaciones, los mismos fines, los mismos métodos, etc.
- De acuerdo, ¿qué pasa con ellos?
- Que entre ellos no hay problemas de incompreensión o de comunicación; que todos hablan el mismo idioma; que si uno, por ejemplo, narra su último robo, ninguno se escandalizará, ¿comprendes?
- Perfectamente.
- Bueno. Pues imaginemos que dos de ellos comienzan a reflexionar, se dan cuenta de que el camino que llevan sus vidas no es el mejor, y deciden ponerse a trabajar en un taller de reparación de vehículos. ¿Qué ocurrirá?
- . No sé. Tú dirás. Es tu ejemplo.
- Pues ocurrirá que empezarán a sentirse integrados entre los compañeros de trabajo y, cada vez, se sentirán más lejanos de los carteristas, comenzando a sentir por ellos cierta lástima y hasta cierto desprecio.
- Muy bien.
- ¿Seguimos?
- Sí, por favor.
- Imagina ahora que uno de los dos comienza a estudiar por las noches, ingresa en la universidad e inicia la carrera de Derecho. ¿Cuál será su sentimiento y su conducta con relación a su otro compañero del taller?
- Tú dirás.
- Pues que le ocurrirá lo mismo que les ocurrió a los dos con los carteristas cuando ellos se pusieron a trabajar: Que cada día se sentirá más alejado de él y más próximo a los estudiantes de Derecho.
- ¿Y con relación a los carteristas?

- Los carteristas, para él, serán ya algo remoto y prácticamente ya no tendrá con ellos nada en común.

- ¿Y sentirá por ellos mucho aprecio?

- Pues no. Cada vez menos, porque habrá adquirido una serie de conocimientos y habrá reflexionado y se habrá elevado intelectualmente y cada día verá más clara su falta de motivaciones válidas y la irresponsabilidad de sus conductas.

- ¿Y qué sentirá hacia ellos?

- En el mejor de los casos, lástima.

- ¿Y en el peor?

- Desprecio.

- ¿Recuerdas el principio de nuestro diálogo?

- Sí. Y siento haber dicho entonces aquella tontería.

- Bueno. Siempre llega un momento en que se ve la luz. Lo fundamental es que te has dado cuenta de que es un proceso natural, regido por leyes naturales.

- Sí. E imagino que son dos las leyes naturales que intervienen en estos procesos.

- Vamos a ver.

- Una, que yo llamaría de "avance", que nos hace avanzar y desear y tender a mejorar; y otra, que podría llamarse de "afinidad" y que hace que tendamos a estar con nuestros afines y a rechazar a los que no lo son.

- Perfecto. Lo que hemos hablado, sin embargo, se refería a una sola vida.

- Sí, claro.

- Pues imagina ahora que, en vez de hablar de una vida, nos refiriésemos a la serie de vidas que todos hemos vivido. ¿Qué conclusión sacarías?

- La que tú me decías, claro: Que, si alguna conducta nos molesta o nos parece indigna, es porque, en otro momento de nuestra evolución ya pasamos por ella, ya que todos evolucionamos de bajo a arriba.

- ¿O sea?

- Que todos hemos sido carteristas y prostitutas y asesinos y traficantes y explotadores y todo lo que ahora nos parece indigno y despreciable y por eso precisamente nos lo parece.

- ¿Y?

- Que nuestro papel no debe quedarse en despreciar a los que están como nosotros estuvimos, sino en compadecerlos, comprenderlos y

ayudarles, como seguramente nos ayudaron a nosotros, pues de otro modo no hubiéramos salido de ello, para que superen su desagradable situación.

- Vale, pues.

* * *